

Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Band: - (2016)
Heft: 27

Artikel: "¿Es tan terrible ser suizo?" : La imagen de Suiza en el cuento hispanoamericano
Autor: Sáez, Adrián J.
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-1047149>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 06.10.2024

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

“¿Es tan terrible ser suizo?”.

La imagen de Suiza en el cuento hispanoamericano

Adrián J. Sáez

Université de Neuchâtel

No se puede decir que Suiza cuente mucho en el imaginario colectivo, más allá de un abanico reducido de clichés que dibujen al país como una suerte de torre de marfil con algunos puntos negros (neutralidad cuestionable, secreto bancario, etc.). Por ello, los artistas de todos los tiempos siempre miran con mejores ojos a París, Roma y otros centros de inspiración, pero igualmente la paz suiza —entre otras razones— ha favorecido que numerosos intelectuales pasaran temporadas más o menos largas en la nación, sobre todo en el período de las dos grandes guerras mundiales.

En este trabajo, se pretende repasar las peripecias vitales en Suiza de un manojo de escritores hispanoamericanos para centrarse seguidamente en el examen de la visión que ofrecen en dos cuentos ‘suizos’, en un ejercicio de imagología (Beller y Leerssen, 2007) que sigue la estela de las calas realizadas en su día por Siles (1998).

UNA ETAPA EN EL CAMINO

Anclada en el corazón de Europa, Suiza se ha mantenido desde antaño como un lugar de paso privilegiado y con el tiempo se ha transformado en un centro de estudio, además de en refugio por excelencia de personajes en aprietos (exilio, refugio, etc.).

Borges representa bien los dos extremos de la reacción que puede causar Suiza: el amor y el odio. Durante un viaje a Europa con su familia, se ven sorprendidos por la I Guerra Mundial y se ven forzados a permanecer en Ginebra (1914-1919), donde el joven Borges cursa en el Collège de Genève sin acabar de adaptarse, al tiempo que vive alguna que otra experiencia capital¹: debido a que los jóvenes lugareños manifiestan un cierto desdén por los extranjeros, no traba amistad más que con algunos judíos (especialmente con Maurice Abramowicz), y, según parece, tiene su primer desencanto amoroso con una muchacha, Emilie, que simboliza la ocasión perdida de ser feliz por la pronta partida de la familia tras el enamoramiento de los jóvenes (Williamson, 2004: 75-91). Así, la primera imagen que se forja del país es completamente estereotipada y negativa: “había concebido una fuerte aversión por Suiza: era un sitio terriblemente burgués, un lugar de hoteles y fábricas de chocolate” (Williamson, 2004: 86), y llega a imaginar un poema en el que un rufián (Pedro-Luis de Gálvez) destruye Martigny (99). Pero el tiempo hace maravillas y, a la postre, Borges concibe Suiza como un segundo país, en lo que parece un recuerdo añejo e idealizado de la mocedad perdida: “Ginebra estaba tan entretejida en la trama de su juventud que era una patria tanto como Buenos Aires” (Williamson, 2004: 490). Esto llega hasta el punto de que visita la ciudad con frecuencia y acaba por instalarse y escogerla como su refugio y su lugar de descanso, pues allí (en el Cimetière des Rois, Plainpalais) se encuentra su famosa tumba.

Es más: en el cuento «El otro» un Borges ya anciano imagina un encuentro con su *alter ego* de la etapa suiza en un “banco que está en dos tiempos y en dos sitios” (*El libro de arena*, 1975), mientras en el poema «Los conjurados» (1982-1983, en la obra homónima de 1985) entiende que la unión de los cantones helvéticos es una “conspiración” para construir una “torre de razón y firme fe” en el corazón de Europa, que acaso profeticen uniones semejantes en el mundo entero (Williamson, 2004: 508)².

La formación también tuvo que ver con la estancia suiza de Carlos Fuentes, puesto que su periplo comienza con los estudios en el Institut des Hautes Études Internationales (1950-1951), que supone el inicio del interés de Fuentes por el derecho internacional y le abre la puerta al comienzo de su carrera di-

¹ Sobre Borges y esta contienda, ver Camenen (2014).

² En este poemario hay también un texto de homenaje a la muerte de su amigo Abramowicz (1985: 35).

plomática como secretario del delegado mexicano de la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas, que luego iría *in crescendo* hasta pasar a Francia como embajador de México (1975). De hecho, el descubrimiento de Suiza en el cuento «Un alma pura» —que se comenta después— parece tener mucho de autobiográfico, a tenor de los recuerdos que evoca en el abecedario personal de *En esto creo* (2002, «Zúrich», texto anteriormente titulado «Un encuentro lejano con Thomas Mann en Suiza»).

En cambio, el paso de García Márquez por Suiza está marcado por el signo del periodismo: viaja a Europa como enviado especial del periódico *El Espectador* de Bogotá para cubrir la Conferencia de los Cuatro Grandes (la *Conférence des Quatre*, con Dwight D. Eisenhower, Nikolái Bulganin, Anthony Eden y Edgar Faure, en representación de Estados Unidos, la URSS, el Reino Unido y Francia, respectivamente) en julio de 1955, que constituye el cumplimiento largamente anhelado de un sueño y el pistoletazo de inicio de sus andanzas por Europa, que se alargarían mucho más allá de lo previsto en un primer momento. A lo largo de diez artículos (entre el 18 de julio y el 31 de julio de 1955, luego recopilados en *De Europa y América*, 1983: 87-121), García Márquez informa del transcurso de la reunión, de sus impresiones de la tranquilidad —o más bien apatía— de Ginebra sobre el encuentro, que por norma general pierde frente a la Vuelta a Francia³. Con ironía y algunas descripciones de regusto novelístico, en los textos brilla una suerte de mirada colombiana que pretende traducir a parámetros conocidos para sus lectores la situación contemplada en Suiza (comparaciones de la ciudad con Manizales, de un personaje espigado con el “ejemplar típico del camaján barranquillero” (93), etc.).

Vargas Llosa, por su parte, no cuenta con ninguna experiencia biográfica en Suiza más allá de las diferentes visitas familiares (pues su hijo Gonzalo trabaja en ACNUR), pero, lector voraz donde los haya, ha dedicado un breve ensayo con título de retranca («¿Es posible ser suizo?», 1988, recogido en *La verdad de las mentiras*, 1990) a la novela *No soy Stiller* (*Stiller*, 1954) de Max Frisch. El texto comienza con una cascada de tópicos que se ponen en solfa en la novela:

¿Es tan terrible ser suizo? Leyendo a algunos autores contemporáneos de ese país se diría que no hay pesadilla más siniestra que la civili-

³ Acerca de las razones de la partida (motivaciones políticas, hastío de la situación colombiana, etc.), ver Gerald (2009: 210-220), y para esta serie periodística, ver Molina Fernández (2007).

zación. Ser prósperos, bien educados y libres resulta, por lo visto, de un aburrimiento mortal. El precio que se paga por gozar de semejantes privilegios es la monotonía de la existencia, un conformismo endémico, la merma de la fantasía, la extinción de la aventura y una formalización de las emociones y los sentimientos que reduce las relaciones entre los seres humanos a gestos y palabras rituales carentes de sustancia (1990: 151).

Con todo, luego admite que “es preferible morir de aburrimiento siendo suizo que perecer de hambre en Etiopía o por obra de las torturas en cualquier satrapía tercermundista”, pero siempre teniendo en cuenta que es necesario conocer “las máculas que pueden afean un logro así” (1990: 152) para que «el limbo suizo» pueda llegar “quizás, algún día, a ser el infierno tan deseado por gentes como Anatol Stiller” (1990: 158), protagonista del relato. En otro orden de cosas, parece que durante las elecciones presidenciales peruanas (1990), Fujimori criticaba a Vargas Llosa por querer “hacer del Perú una Suiza” (Guillermoprieto, 2012).

Luego de este vistazo rápido, es hora de dejar las vidas y pasar a los textos, aunque sólo vaya a presentar dos botones de muestra, con sendos relatos de Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez.

DOS VISIONES DE CUENTO

El primero es «Un alma pura» de Fuentes, que aparece dentro de *Cantar de ciegos* (México, Joaquín Mortiz, 1964) y que, por cierto, ha sido llevado al cine en alguna ocasión, junto a *Tajimara* de Juan García Ponce en *Los bienamados*, 1965, con dirección de Juan José Gurrola y Juan Ibáñez (Perea, 2002)⁴.

El cuento es un diálogo truncado entre Claudia y Juan Luis, en el que se entremezclan recuerdos y una relación epistolar a dos bandas de la amistad entre ambos personajes, pero en general sólo desde la perspectiva femenina, pues de Juan Luis sólo se sabe lo que transmite Claudia. El sorprendente silencio del otro interlocutor no se resuelve hasta bien avanzado el relato con un giro radical, cuando Claudia llega al aeropuerto y realiza los trámites para embarcar el féretro de Juan Luis (102)⁵. A

⁴ Manejo la edición de *Cuerpos y ofrendas* (1973), según los datos consignados en la bibliografía.

⁵ Para la técnica de la dualidad, ver Cifo González (1988).

partir de ahí, la narración se acelera al compás que marcan los problemas de la relación con Claire, pese a los buenos comienzos: las dudas sobre el futuro y, sobre todo, el temprano embarazo que deciden esquivar con un aborto que aboca al suicidio de Claire y, después, al de Juan Luis. O eso parece, porque queda el misterio abierto con la carta que finalmente el padre de Claire entrega a Claudia poco antes de partir entre críticas (“Es usted muy cínica”, 107) que tal vez abran otra perspectiva más tenebrosa: la posibilidad de que la muerte de Claire se deba a la epístola enviada por Claudia poco antes, pero de la que no se sabe nada y únicamente se puede tratar de adivinar el contenido. Ahora, no es necesario que Claudia sea una Penélope incestuosa que revela su amor prohibido a su rival como quiere Monges Nicolau (1999: 62-67), puesto que, si no se sabe nada de esa epístola entre las dos mujeres, la declaración de Claudia a Juan Luis se centra únicamente en el deber de mantener el espíritu crítico, siempre con “el amor y la inteligencia y la juventud y el silencio” (p. 106) presentes, para no arruinarse la vida con rutinas vanas.

El escenario de la tragedia es la ciudad de Ginebra, que cobra un tinte algo oscuro, pero en todo caso permanece la imagen al uso de Suiza: un lugar de calma en el que Juan Luis descubre el amor y cae en las “tranquilas convenciones” del funcionario internacional (97). El contraste con México es marcado:

Río pensando que saliste del orden de nuestra casa en México al desorden de tu libertad en Suiza. ¿Me entiendes? De la seguridad en el país de los puñales ensangrentados a la anarquía en el país de los relojes cucú (91).

Esta contraposición paradójica con un toque de comicidad e ironía se torna finalmente verdad trágica cuando la desgracia llegue a la vida de Juan Luis, con un doble suicidio que cierra la historia. No en vano, el cuento acaba diciendo que el personaje de Juan Luis había estado buscando “un espejismo” (p. 108).

Algo posterior es el cuento «Buen viaje, señor presidente» (1979) de García Márquez, que abre los *Doce cuentos peregrinos* (Barcelona, Mondadori, 1992), tercera de sus compilaciones de relatos. Se trata de un libro de génesis compleja, según se confiesa claramente en el prólogo: García Márquez explica que la gestación se extiende de 1974 a 1992, a partir de un proyecto inicial de 64 ideas zarandeadas en diversos ámbitos (de la prensa al cine) que por diversas razones (pérdida del cuaderno de notas, más el natural proceso de descarte y selección) quedaron finalmente en la docena final, que se beneficiaron además de

“un rápido viaje de reconocimiento” a algunos de los lugares evocados (Barcelona, Ginebra, Roma y París) para calibrar la fidelidad de los recuerdos elaborados “de memoria y a distancia” de veinte años (1992: 18). La desilusión y la sorpresa frente a los “fantasmas de la memoria” dieron a García Márquez la clave perdida que tanto se había afanado en buscar (“una perspectiva en el tiempo”) y le empujó a una reescritura febril (en ocho meses) para marcar —o difuminar— bien la tenue frontera entre la realidad y la ficción: entonces —dice—,

no necesité preguntarme dónde terminaba la vida y dónde empezaba la imaginación, porque me ayudaba la sospecha de que quizás no fuera cierto nada de lo vivido veinte años antes en Europa (18).

El conjunto de los cuentos tiene lugar en Europa y, de nuevo en palabras de García Márquez, le permiten escribir sobre las cosas extrañas que les suceden a los latinoamericanos en Europa”, al tiempo que tomar conciencia de su identidad (14). La confesión no es baladí, porque revela una cierta dosis de interés autobiográfico que se relaciona directamente con la experiencia europea de García Márquez y sus labores como periodista en Suiza y otros lugares, tal como se ha recordado previamente⁶.

El relato «Buen viaje, señor presidente» está protagonizado por un personaje simbólico (un antiguo presidente derrocado de un país latinoamericano sin nombre), que acaso pueda tener algo que ver con la novela *El señor presidente* (1947) de Miguel Ángel Asturias. En todo caso, son muy claros los lazos de intratextualidad que mantiene con *El otoño del patriarca* (1975) (Barrera, 1993; Marco, 1997), que a su vez deriva directamente de la caída de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela y conecta con el modelo de las novelas de dictador, en lo que se puede tener por una segunda incursión de García Márquez por el espinoso terreno de los textos ‘dictatoriales’⁷.

Desde el inicio, el político exiliado se presenta en el centro de la escena como una figura derrotada y algo trágica que vive de la nostalgia y los recuerdos⁸:

Le costaba creer que el tiempo hubiera podido hacer semejantes estragos no sólo en su vida sino también en el mundo. Era un descono-

⁶ Ver Serna (1997), para su filiación periodística.

⁷ Al respecto, ver Castellanos y Martínez (1981).

⁸ Para Camacho Delgado (1997: 11), tiene algo de la “aureola fatídica de un Salvador Allende” recién asesinado.

cido más en la ciudad de los desconocidos ilustres. [...] Los años de la gloria y el poder habían quedado atrás sin remedio, y ahora sólo permanecían los de la muerte (García Márquez, 1992: 23 y 24).

Esta situación fantasmal se fundamenta en dos razones esenciales: primeramente, responde a un deseo expreso del personaje por mantener en el más profundo de los secretos los motivos (una grave enfermedad) de su estancia suiza (“La mayor victoria de mi vida ha sido lograr que me olviden”, 32); y, segundo, es una suerte de regreso al pasado, ya que cierra el círculo abierto tiempo atrás durante sus estudios de leyes en Ginebra, por lo que “estaba solo [...], sin ayuda de nadie, pues conocía de memoria la ciudad” (32)⁹. Además, por su estado de miseria económica se explica que se aloje en “un hotel de cuarta categoría en el barrio triste de la Grotte [Les Grottes]” (37), en el que ya se había hospedado durante su juventud.

El sigilo anhelado se rompe, sin embargo, por el encuentro con un compatriota que trabaja en el hospital y que busca sacar provecho de la estancia suiza del antiguo presidente. Así, él y su mujer se montan muy alegres sus castillos en el aire (ascenso en el trabajo, venta de un seguro fúnebre, petición de becas para los hijos), pero pronto se enfrentan con la cruda realidad: los rumores sobre la riqueza del político no son verdad, pues sus buenas maneras no logran disimular su miseria, de modo que lo que parecía un acercamiento interesado con duras críticas (la mujer considera que es “el presidente mejor tumbado del mundo. [...] Un tremendo hijo de puta”, 45) se invierte y finalmente los pobres migrantes acaban ayudando al poderoso, de buena fe y de diversas maneras (cuidados, dinero, etc.), hasta su recuperación¹⁰.

Desde el feliz encuentro hasta la partida del presidente, Suiza queda progresivamente como un telón de fondo en el que se teje la relación entre los personajes, pero lo poco que se dice —aunque sea entre líneas— es bien significativo: Ginebra es un centro de retiro tan habitual para altos mandatorios, que no solamente en el hospital aceptan de buen grado tratar al personaje con el máximo sigilo, sino que en el restaurante *Le Boeuf Couronné* afirman que para los presidentes derrocados siempre tienen una mesa especial en atención a “la dignidad del exilio”

⁹ Valcárcel (1997: 372) comenta el sentido de «ciclo vital» de este viaje. A su vez, Zapata (1994: 108-110) se centra en la muerte y algunos elementos grotescos.

¹⁰ Por eso, se ha parangonado con el tratado del escudero del *Lazarillo de Tormes* (Camacho Delgado, 1997).

(30). Es decir: la discreción como santo y seña, junto a las atenciones especiales para con políticos en problemas, con lo que Suiza se delinea como un paraíso para poderosos, más todavía si se contrasta con la escasa fortuna del otro personaje latino (Homero Rey y su familia), que sobrevive a duras penas en un exilio que ha prolongado *sine die* por “pobreza de espíritu” (36).

El golpe de gracia llega —como en los buenos cuentos— con las últimas palabras, una epístola del presidente desde su retiro caribeño:

el motivo real de la carta era comunicarles que se sentía tentado de volver a su país para ponerse al frente de un movimiento renovador, por una causa justa y una patria digna, aunque sólo fuera por la gloria mezquina de no morir de viejo en su cama. En ese sentido, concluía la carta, el viaje a Ginebra había sido providencial (56).

Si anteriormente rechazaba sin inmutarse las campañas más arriesgadas (“las tentaciones de toda clase de aventuras que le proponían sus partidarios derrocados”, 42) y lamenta su ejercicio político (“lo peor que pudo pasarle a nuestro país es que yo fuera presidentes”, 41), el paso por Suiza es una suerte de resurrección que le devuelve las fuerzas para luchar, aunque sea —como dice— por motivos poco honorables que retratan a toda una clase de políticos de medio pelo. Así lo reconoce el propio señor presidente en otro lugar: “Todos como yo: usurpando un honor que no merecíamos con un oficio que no sabíamos hacer. Algunos persiguen sólo el poder, pero otros buscan todavía menos: el empleo” (43).

Poco tienen en común, pues, los cuentos de Fuentes y García Márquez: si el primero es una fabulación de una posible vida futura en Suiza a partir de algunos recuerdos autobiográficos, el segundo es una versión en miniatura de los relatos de dictador, en el que el país se retrata como un santuario para poderosos exiliados, con toda la galería de tópicos anejos.

FINAL: UNA TUMBA Y VARIAS FUGAS

Del paso obligado y temporal por la fuerza de las circunstancias al reposo final, Suiza se presenta en silueta como una nación ambivalente, en la que el idealismo inicial puede no ser más que una apariencia mentirosa condenada al desengaño. Quizá nada resume mejor la pluralidad de rasgos de Suiza que la descripción de las dos caras de Ginebra en «Un alma pura»:

La ciudad convencional y ordenada que Stendhal describió como una flor sin perfume; la habitan los suizos y es el telón de fondo de la otra, la ciudad de paso y exilio, la ciudad extranjera de encuentros accidentales, de miradas y conversaciones inmediatas, sin sujeción a las normas que los suizos se han dado liberando a los demás (96).

Justamente por ese deje agrídulce que tiene Suiza como paraíso perdido y nunca recobrado, se podría decir —con Dickens— que la imagen canónica suiza se entiende como la historia de dos países.

BIBLIOGRAFÍA

- Barrera, Trinidad: «Lectura de “Buen viaje, señor presidente”», *Quaderni ibero-americaeni*, 73 (1993), pp. 31-32.
- Beller, Manfred/ Leerssen, Joep: *Imagology: The Cultural Construction and Literary Representation of National Characters*. Amsterdam/ New York: Brill, 2007.
- Borges, Jorge Luis: *El libro de arena*. Madrid: Alianza, 1975.
- *Los conjurados*. Madrid: Alianza, 1985.
- Camacho Delgado, José Manuel: «De Tormes a Aracatama: una interpretación de “Buen viaje, señor presidente”», *Revista de Estudios Colombianos*, 17 (1997), pp. 10-13.
- Camenen, Gersende: «Las armas y las lenguas: Borges y la Gran Guerra», *Cuadernos LIRICO*, 11 (2014), s. p. [En red.]
- Castellanos, Jorge/ Martínez, Miguel A.: «El dictador hispanoamericano como personaje», *Latin American Research Review*, XVI, 2 (1981), pp. 79-105.
- Cifo González, Manuel: «“Un alma pura”: la técnica narrativa de la dualidad», *Anthropos*, 91 (1988), pp. 82-84.
- Fuentes, Carlos: *Cuerpos y ofrendas*. Madrid: Alianza, 2012.
- *En esto creo*. México: Seix Barral, 2002.
- García Márquez, Gabriel: *De Europa y América*, en: *Obra periodística*, 4, ed. Jacques Gilard. Barcelona: Bruguera, 1982.
- *Doce cuentos peregrinos*. Barcelona: Mondadori, 1992.
- Gerald, Martin: *Gabriel García Márquez: una vida*, trad. de Eugenia Vázquez Nacarino. Madrid: Debate, 2009.
- Guillermoprieto, Alma: *Desde el país de nunca jamás*, trad. de Margarita Valencia. Madrid: Penguin Random House, 2011.

- Levy, Bertrand: «Borges et Genève: entre mythe et réalité», *Le Globe: Revue genevoise de géographie*, 150 (2010), pp. 7-31.
- Marco, Joaquín: «La antítesis del poder: dictadura, vejez y soledad: de *El otoño del patriarca* a “Buen viaje, señor presidente”», en: Blesa, Túa (ed.): *Quinientos años de soledad: Actas del congreso «Gabriel García Márquez»* (Zaragoza, 9-12 de diciembre de 1992). Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1997, pp. 65-72.
- Molina Fernández, Carolina: «...Y Gabriel García Márquez descubrió Europa», *Per Abbat*, 4 (2007), pp. 121-127. [En red.]
- Monges Nicolau, Graciela: «Perfiles de mujer en *Cantar de ciegos* de Carlos Fuentes», *Signos literarios y lingüísticos*, 1.2 (1999), pp. 51-74.
- Perea, Héctor: «Carlos Fuentes: visionar imágenes», en: Popovic Karic, Pol (ed.): *Carlos Fuentes: perspectivas críticas*. México: Siglo XXI, 2002, pp. 115-137.
- Serna, Mercedes: «La realidad novelada en *Doce cuentos peregrinos* de Gabriel García Márquez», en: Blesa, Túa (ed.): *Quinientos años de soledad: Actas del congreso «Gabriel García Márquez»* (Zaragoza, 9-12 de diciembre de 1992). Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1997, pp. 677-684.
- Siles, Jaime: «Suiza en Borges y en algunos poetas y escritores de la primera mitad del siglo XX», *Versants*, 34 (1998), pp. 67-98.
- Valcárcel, Eva: «*Doce cuentos peregrinos*, de Gabriel García Márquez: reflexión en torno a la experiencia del viaje (1)», en: Valcárcel, Eva (ed.): *El cuento hispanoamericano del siglo XX: teoría y práctica*. A Coruña: Universidade da Coruña, 1997, pp. 369-381.
- Vargas Llosa, Mario: *La verdad de las mentiras*. Barcelona: Seix Barral, 1990.
- Williamson, Edwin: *Borges. Una vida*, trad. de Elvio E. Gandolfo. Barcelona: Seix Barral, 2004. [Original: *Borges. A Life*. New York/ London: Viking, 2004].
- Zapata, Mónica: «Peregrinaciones hacia lo grotesco: tres cuentos de García Márquez», *Letras*, 29-30 (1994), pp. 103-112.